

Sobre la combinación de las formas de lucha

Cualquier lucha es reprimida en Colombia

Reproducimos esta ponencia del camarada Jaime Caycedo sobre "La combinación de las formas de lucha en Colombia", elaborada hace tres años, pero de enorme actualidad, para contribuir al análisis desapasionado, mas no desprovisto de sentimientos, sobre la realidad colombiana. Este es un imperativo de la nueva realidad que están viviendo los pueblos latinoamericanos.

Por Jaime Caicedo Turriago. Secretario general del Partido Comunista Colombiano.

Aparte del libro. Alerta que camina. Los Bolivarianos hoy en Nuestra América. Compilador Ramón Bussi. Ediciones emancipación. Buenos Aires. Fecha de catalogación 07. 02. 2003, páginas 84 a 87.

Las formas de lucha, ¿el problema?:

Las formas de la lucha armada en el área andina han persistido bajo un desarrollo comprobable en Colombia. Se trata, sin duda, de un componente de la tragedia histórica que vive el pueblo colombiano. La búsqueda de una salida incruenta, pacífica, democrática, humanista, de esta situación, es un propósito compartido por las fuerzas revolucionarias, la izquierda y el campo democrático.

La realidad colombiana mostró la eficacia de los proyectos revolucionarios y de sus avances políticos. Durante largos años, sectores intelectuales han intentado responsabilizar de tal avance a la aplicación de **la táctica de combinación de todas las formas de lucha, formulación teorizada por el Partido Comunista Colombiano como característica de la respuesta popular al régimen de represión y violencia que ha caracterizado un prolongado período de la historia contemporánea del país.**

Los voceros del establecimiento colombiano se han apropiado esta explicación para justificar la guerra sucia y la polarización de la sociedad. Pero la experiencia histórica real ha mostrado dos consecuencias subestimadas por los analistas.

Por un lado, el desarrollo de las organizaciones armadas muestra que su crecimiento ha guardado relación con el mantenimiento de su potencial político-militar como con el planteamiento de una solución política fundada en la posibilidad de acuerdos sobre reformas de alcance democrático en la estructura de la sociedad. Esa faceta de su proyección social explica su permanencia, su implantación territorial y su incidencia política en la vida nacional.

Por otro lado, esto es posible únicamente porque el fenómeno guerrillero tiene un origen en la problemática social y política de la historia de Colombia. No fue un proceso inducido desde el exterior, como tan persistentemente lo enfocó el criterio contrainsurgente anticomunista de inspiración

yanqui. Tampoco partió de concepciones de metodología terrorista. Sus métodos han sido los de la lucha irregular de guerrillas agrarias, sistematizados tras una experiencia social centenaria, que han ido urbanizándose más y más, con una adaptación a las condiciones de la guerra en un escenario que no es todavía el de la guerra civil generalizada. No significa esto restarle gravedad a la agudización del conflicto, a su escalamiento, al gigantismo militar que implica la contrainsurgencia como política del Estado o el intervencionismo estadounidense.

Incluir a las guerrillas de las FARC y el ELN en las listas de organizaciones terroristas, al lado de los paramilitares, e igualar a aquellas con éstos, es **un acto de mala fe para encubrirle la cara al instrumento principal del terrorismo de Estado: el paramilitarismo.**

La complejidad sociopolítica de la insurgencia colombiana no es reducible al narcotráfico, como lo pretenden los voceros del imperialismo. La producción de narcóticos es un rasgo del capitalismo contemporáneo que alimenta una acumulación del sistema financiero internacional a través del lavado de capitales, lo que ha permitido a una franja de la burguesía asociarse en mejores condiciones con el mundo transnacional.

Decir que solo la guerrilla capta recursos de esa fuente es decir mucho y no decir nada. El paramilitarismo, que goza del amparo oficial, se alimenta casi exclusivamente de ella. Y el sistema financiero, el mercado de tierras rurales, el mercado inmobiliario urbano, el nuevo latifundismo, el grueso del contrabando, el mercado de armas, etcétera, etcétera. Sólo un cambio sociopolítico que modifique la estructura del sistema económico colombiano puede cambiar radicalmente esta situación, que implicaría, entre otras cosas, una reestructuración de las actuales relaciones de propiedad agrarias y del sistema financiero.

La permanencia de estos factores críticos que incorporan y correlacionan lo económico, lo social, lo político y lo político-militar caracterizan la situación de Colombia y el "peligro" para la región. La orientación predominante en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez es la de escalar la guerra, militarizar aún más la sociedad para restablecer la seguridad y el orden en beneficio de unos cuantos ¿Qué remedio es éste que consiste en impedir el cambio a favor de una equidad y de una justicia social, al costo de una mayor confrontación, dolor y riesgo para el pueblo? Todavía hay quienes piensan en el campo de la izquierda que la causa de la crisis nacional está en la existencia de la lucha armada guerrillera.

El fenómeno guerrillero hace parte de una realidad histórica y por lo tanto de la crisis. Pero más que su causa ha sido su consecuencia. En las actuales condiciones, en que se agudiza el conflicto interno pero no es aún una guerra civil; donde hay elecciones y lucha social en confrontación con el modelo neoliberal pero no hay democracia, la conjugación de las diversas formas de lucha no es la directriz de un partido político determinado sino un fenómeno de sociedad que se complejiza más y más, cuyo

desenvolvimiento dependerá de la unidad de las fuerzas comprometidas en la transformación del estado de cosas existente en torno a un proyecto democrático, popular, avanzado, de cambio con soberanía y justicia social.

La combinación de las formas de lucha de masas, incluyendo la lucha armada guerrillera como una realidad insoslayable del país, tiene hoy el sentido histórico de la búsqueda de una solución política, popular, democrática de la crisis, y del logro de la paz por la vía del diálogo, los acuerdos bilaterales, las concesiones mutuas, la aprobación popular de los acuerdos, sin la intervención militar de los Estados Unidos. La esencia de esta solución es la participación del pueblo en todos sus momentos, sus niveles, sus decisiones, su escenificación y sus consecuencias para la construcción de un nuevo poder político, incluyente, pluralista, y realmente democrático.

A modo de conclusión:

Si lo dicho tiene algún sentido, **el terrorismo no es el problema real del mundo andino.** La guerra antiterrorista es un invento para encubrir la imposición de un proyecto neocolonial. El dolor de cabeza del imperialismo es vérselas, cada vez más, con hechos políticos que incorporan a los pueblos a la lucha por distintos caminos y con diversos métodos sobre los carriles del poder político. Si el poder político no lo es todo ni lo resuelve todo en un mundo globalizado, en ninguna parte como en la región se muestra tan patente su necesidad en manos del pueblo para derrotar el montaje tradicional oligárquico. La experiencia viviente del gobierno de Chávez en Venezuela alienta con su ejemplo las opciones de cambio. Se amplían en cada vez más países las posibilidades para la izquierda. La lucha social adquiere dimensiones y alcances cada vez mayores y más políticos a lo largo y ancho del continente.

La lucha frente al ALCA y el propósito militarista del Plan Colombia congrega a pensar con mente propia las solidaridades, las acciones comunes y la comunidad de objetivos para una integración política, económica, cultural y defensiva de los pueblos y Estados Latinoamericanos y caribeños, con plena autonomía en su proyección y en sus decisiones.

Esta tarea empieza a ocupar el primer plano de las luchas

Tomado de la pagina de Anncol, sección de [Análisis](#) (24.01.2006)